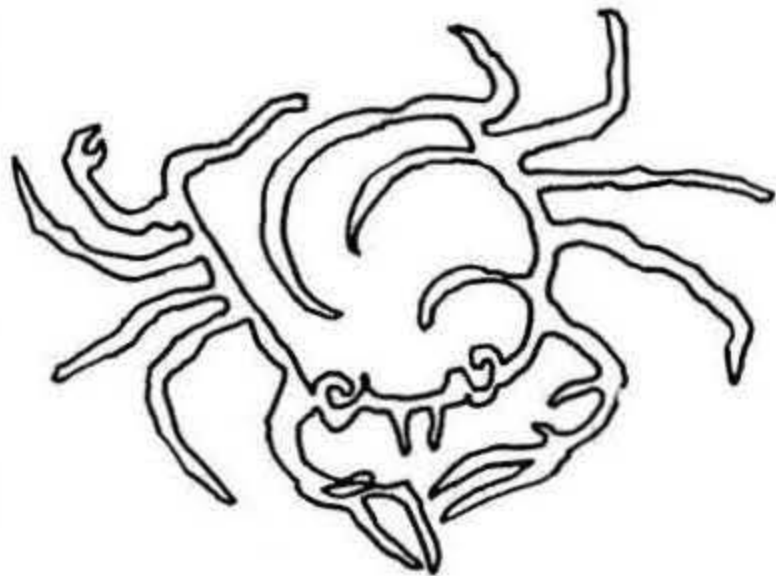


Másmela: la del reformador político y pedagógico. Baste aquí con decir que, por encargo del príncipe Juan Felipe de Maguncia, Leibniz intentó hacer un código que pudiera ser una legislación válida para toda la cristiandad.



Tampoco otra faceta, como la del matemático que se disputó con Newton el haber descubierto el cálculo infinitesimal, a la del físico, cuyas reflexiones estaban íntimamente relacionadas con el concepto de ímpetu, al cual Másmela dedica un estudio —“El concepto de ímpetu en Leibniz” (págs. 17-34)— son abordadas en el libro. En principio, eso no es reprochable. El libro se ocupa principalmente de algunos conceptos metafísicos, y sin duda las apreciaciones de Másmela a este respecto son interesantes. Sin embargo, hubiera sido deseable que, además del análisis minucioso de ciertos detalles del pensamiento de Leibniz que emprende Másmela en la introducción y en el estudio, hubiera hecho una introducción general a su pensamiento, ya que Leibniz es un pensador que en las facultades de filosofía en Colombia ni siquiera está en el programa de los estudios obligatorios, y el análisis de los detalles, por fructífero que pueda ser para el especialista, no puede dar por sí solo una visión de la significación global del pensamiento de un filósofo, y más si se trata de alguien que, como Leibniz, vivió una vida a caballo entre las más diversas disciplinas —se dice incluso que se acercó a círculos alquimistas— y cuyas reflexiones estaban marcadas por la ambición reformista típica de su tiempo que —tres años después de su nacimiento— había salido de la pesadilla de la guerra de los Treinta Años.

RODRIGO ZULETA

El miedo de ser ricos

Cusiana: un reto de política económica
Armando Montenegro y Miguel Kiguel
(coordinadores)

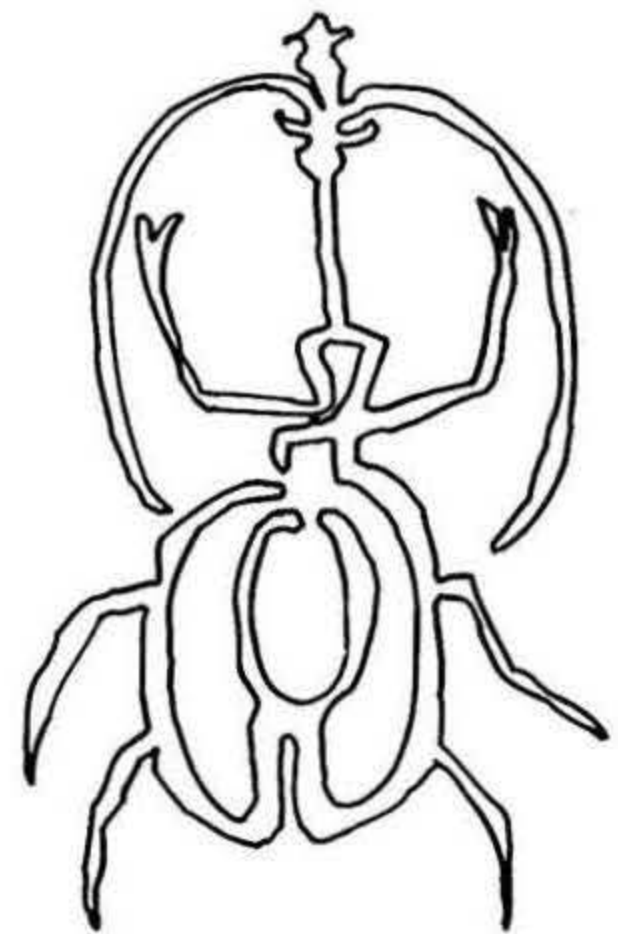
Departamento Nacional de Planeación,
Banco Mundial, Tercer Mundo, Santafé
de Bogotá, 1994, 439 págs.

La noticia de los estimativos de la bonanza minera que causaría la explotación de los yacimientos de Cusiana y Cupiagua puso a pensar a muchos. Mientras unos hacían las cuentas de la lechera, otros se atormentaban con el recuerdo de los trastornos producidos por la bonanza cafetera y por el peligro de la enfermedad holandesa. Puesto que la bonanza fue prevista con varios años de antelación y sus ingresos iban principalmente a manos del Estado, la situación constituía una excelente oportunidad para el ejercicio de la planeación. Oportunidad que fue aprovechada en 1993 por el Departamento Nacional de Planeación (DNP) para organizar, en conjunto con el Banco Mundial, un seminario en el que se debatieran, en un ámbito académico, las posibles políticas que permitieran aprovechar la bonanza evitando sus peligros.

El libro que recoge las ponencias presentadas al encuentro está dividido en dos partes y un capítulo de conclusiones: la primera parte trata de los aspectos teóricos y la experiencia internacional; y la segunda, la experiencia y la perspectiva colombianas.

La primera sección consta de cuatro capítulos: el primero con dos secciones introductorias de los entonces presidente Gaviria y jefe del DNP, Armando Montenegro; el segundo analiza los efectos macroeconómicos de las variaciones en los términos de intercambio sobre los países en desarrollo durante los años setenta y ochenta, y reseña la evidencia en favor de distintas posiciones teóricas, particularmente las teorías de los auges de la construcción y de la enfermedad holandesa. En el capítulo 3 se presentan cuatro casos de choques petroleros: Indonesia (Peter Warr), Nigeria (Santiago Montenegro), Venezuela (Ricardo Hausmann) y México (Ignacio Trigueros) con comentarios de

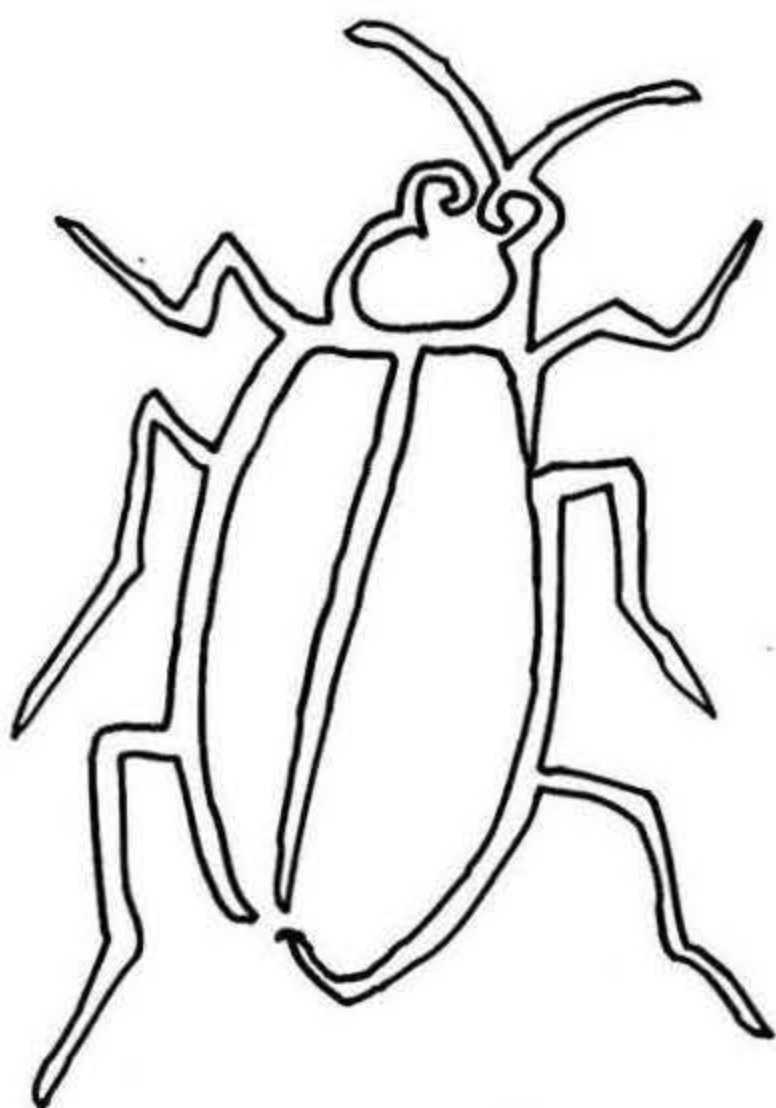
Paul Collier, Israel Fainboim y Santiago Herrera. Estos casos permiten ir más allá de la secuencia simplista de bonanza, Estado derrochador, deuda, crisis. En su juicioso estudio sobre Nigeria, Montenegro propone varias medidas para el manejo de Cusiana, entre ellas la creación de un fondo de estabilización petrolera. Hausmann y Trigueros muestran, entre otras cosas, que el criticado aumento de la inversión pública también es un resultado de proyectos razonables necesarios para aprovechar la bonanza y crear fuentes alternativas de riqueza que pospongan la llegada de las vacas flacas (aluminio, por ejemplo); al mismo tiempo que las presiones de las diversas clientelas dificultan, dada la estructura política latinoamericana, el control del gasto y del déficit fiscal. En este capítulo se analiza, además, el grado en que México y Venezuela experimentaron la enfermedad holandesa y la metodología para determinarlos (Fainboim), y se presentan estimativos de los recursos de Cusiana (Herrera).



La sección cierra con una mesa redonda sobre las implicaciones de política económica, en la que se tocan algunos temas más específicos.

La segunda sección, sobre la experiencia y las perspectivas colombianas, consta de dos capítulos. El primero presenta un modelo de vectores autorregresivos estructurales para el período 1950-1990, elaborado por Miguel Urrutia y Rodrigo Suescún, quienes argumentan que, si bien Colombia presenta los rasgos típicos de la enfermedad holande-

sa, los choques no son causados principalmente por el precio del café. Esta tesis da lugar a una instructiva discusión en el comentario de Diego Pizano. El otro artículo de este capítulo presenta un modelo de enfermedad holandesa a la inversa, para argüir que el desarrollo de la industria después de la Gran Depresión no obedeció a la demanda sino a las oportunidades generadas por el choque y a las políticas que éste suscitó. Sin duda, la controversia suscitada por estas dos ponencias continuará por algún tiempo y generará más trabajos sobre estos temas. El segundo capítulo se compone de un comentario general del entonces ministro de Minas, Nulle, un estudio del impacto de Cusiana y sus implicaciones desde el punto de vista de Ecopetrol (Rendón), y un modelo econométrico que intenta predecir los efectos de distintas políticas de manejo de la bonanza, enfatizando sus peligros y la necesidad de coordinar los objetivos del gobierno y el banco central.

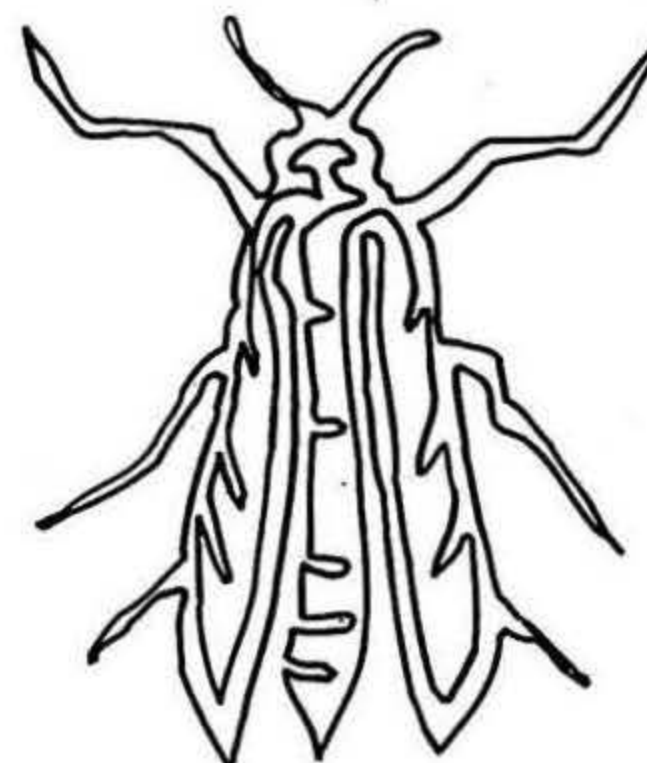


Paradójicamente, en las fortalezas de libro yacen sus principales debilidades. Tal vez el principal aporte de éste sea la perspectiva internacional que lo caracteriza; gracias a ella podemos aprender de las experiencias de otros países con problemas similares. Sin embargo, dejar de mirarnos el ombligo es una cosa, y olvidarnos de nuestro propio pasado es otra. Hay un vacío importante: la

bonanza cafetera de los años cincuenta, uno de los escasos ejemplos de bonanzas bien manejadas de que disponemos. Su olvido obedece, en parte, a que no ha sido muy estudiada en los escritos sobre la materia, pero también a que no encaja con las ideas generales del libro. En efecto, fue aprovechada usando mecanismos supuestamente perjudiciales, como el proteccionismo y la devaluación. El tema se aborda someramente (cuatro párrafos) en el ensayo de Armando Montenegro; el período no entra en el ensayo de Echeverría y, aunque se incluye en el modelo econométrico de Urrutia, su tratamiento tiene las debilidades propias de ese tipo de análisis, en particular la poca importancia que se da a los aspectos institucionales. Aunque es posible argüir que dicha bonanza no es pertinente para el caso de Cusiana, porque las características de Colombia en los años cincuenta eran muy distintas de las actuales, los autores del libro no pueden esgrimir esta razón, porque implicaría que la comparación con la Indonesia de los años sesenta es igualmente impropia.

La segunda virtud del libro es el afán por enmarcar los análisis en modelos teóricos generalmente aceptados. Estos modelos, no obstante, descartan la existencia de algunos de los problemas típicos de los países en desarrollo que son pertinentes para el problema en cuestión. Suponer el pleno empleo de los factores, por ejemplo, es una manera fácil de modelar la enfermedad holandesa. Pero cuando existe mano de obra desempleada no es obvio que el aumento de los precios de los bienes transables provoque un traslado de los trabajadores a expensas del sector exportador que no se beneficia con la bonanza (como la industria); y si bien el capital físico (máquinas) generalmente se utiliza para fines específicos, el capital (dinero) debería ser particularmente abundante en tal coyuntura, a no ser que, por temor a los efectos inflacionarios, la política monetaria restrinja el crédito e impida las nuevas inversiones. En este caso, la causa del desastre sería precisamente el remedio que se emplea para evitarlo.

Es de esperar que en ambos casos este libro de lugar a nuevos estudios que examinen tales problemas específicos.



Otro problema del libro es cierto descuido en los aspectos formales de algunas de las ponencias de las estrellas internacionales invitadas. El artículo de Collier, por ejemplo, empieza a discutir una variable (el ICOR, pág. 54) sin definirla previamente; además, cita varios artículos (Deaton, pág. 42; Bevan *et al.*, pág. 42 n.; y Burger *et al.*, pág. 55) que no aparecen en las referencias (pág. 70). En el artículo de Cooper se presenta una regresión pero sin reportar ningún test de autocorrelación (pág. 21, n.). Problemas similares aparecen en el artículo de Warr, quien cita un artículo suyo anterior (pág. 89) sin referencias; y reporta diversas regresiones en forma no sistemática: no siempre presenta los valores t (págs. 90, 93, 95) y, para completar, se equivoca en los resultados. En la página 93 se lee: "el coeficiente fue mucho más alto para R_t [2,1] que para G_tN [18.2], según lo predicho por la teoría de las bonanzas en el sector de la construcción". Por si fuera poco, la única regresión con buenos resultados en R^2 y en la prueba de autocorrelación (pág. 94) arroja resultados contraintuitivos. Como el autor no incluye los datos ni explica cómo construyó las series (págs. 90 y sigs.), no es posible replicar los resultados para saber cuando son simples errores de transcripción o fallas lógicas del modelo. El uso descuidado de las estadísticas y de los análisis de regresión es particularmente peligroso cuando se tratan temas como éste, en que los datos son a menudo problemáticos, insufi-

cientes o de difícil acceso. El hecho de que incluso en estas condiciones se puede hacer un análisis pulcro, lo muestra de sobra la cuidadosa ponencia de Santiago Montenegro.

Con las salvedades anteriores, este libro es de obligatoria lectura para los estudiosos de las bonanzas y de la política económica colombiana; quienes han de tomar decisiones y sufrir sus consecuencias durante la explotación de Cusiana también sacarán provecho de su lectura.

MARIO GARCÍA MOLINA
Instructor asociado,
Universidad Nacional de Colombia

Escenarios sin límite

Sabanas naturales de Colombia

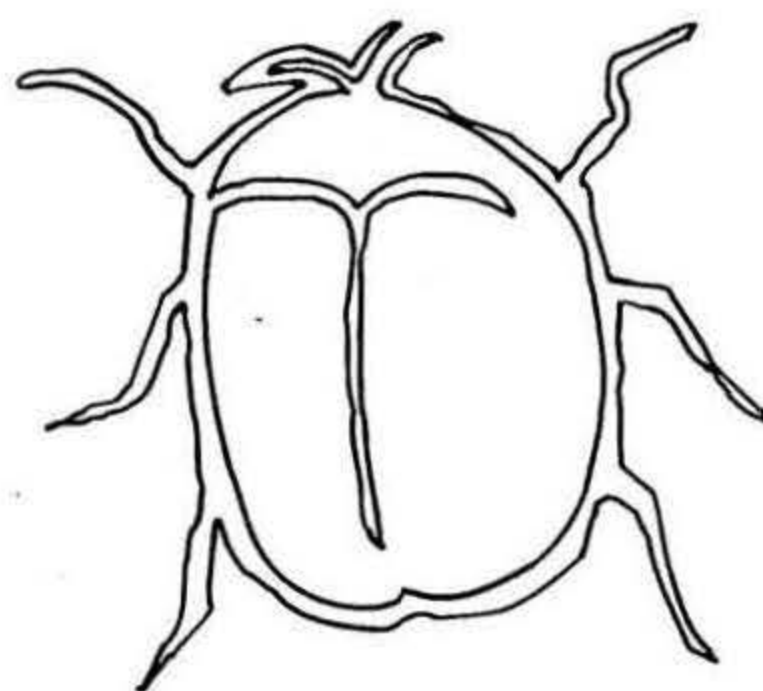
Varios autores

Banco de Occidente-Carvajal S. A., Cali,
1994, 208 págs., ilustrado

Desde 1984 el Banco de Occidente patrocina la publicación de un libro anual de orientación ecológica, pasta dura, amplio tiraje (12.000 ejemplares) y excelente calidad editorial. Ello es una muestra fehaciente y afortunada de que es posible —y necesario— publicar libros de mesa que a la vez que difunden el trabajo artístico y científico, sirven no sólo para mirar sino también para consultar, leer provechosamente y preservar, al menos en la memoria de la cultura, un patrimonio nacional.

Sabanas naturales de Colombia presenta textos de cuatro especialistas: Jorge Hernández Camacho, María Eugenia Romero Moreno, Heliodoro Sánchez Páez y Guillermo Sarmiento; trabajos fotográficos de Juan Manuel Renjifo y Diego Samper Martínez y de otros cinco colaboradores, además de mapas e ilustraciones. La obra consta de tres capítulos centrales. En el primero, se estudia la génesis y ecología de las sabanas naturales, las cuales se caracterizan por la ausencia “de una cubierta continua de árboles” (pág. 18) y el predominio de gramíneas perennes. Existen tres grandes tipos de sabanas: las

secas o estacionales, las húmedas o hiperestacionales y las sabanas inundadas, en las que el suelo permanece anegado por largos períodos. Respecto al origen de las sabanas, las teorías actuales consideran que éstas son el resultado de una respuesta de llanuras y altiplanicies tropicales a altas precipitaciones alternadas con sequías. Tal como afirma Guillermo Sarmiento, las sabanas tropicales son “ecosistemas primarios u originales, resultantes de procesos naturales de evolución y selección bajo condiciones ambientales y bióticas muy específicas que han determinado las características y el comportamiento de sus especies, diferenciando una flora y fauna particular y exclusiva” (pág. 31).



Posteriormente se presenta una descripción general sobre las sabanas en América y las sabanas australianas y africanas. Se considera también, y de manera complementaria, las praderas y las estepas, regiones que tienen características comunes con las sabanas. Resulta sorprendente para el lector no especializado descubrir que las sabanas poseen una gran adaptabilidad a las quemadas repetidas, inducidas o accidentales, lo cual ha llevado incluso a que algunas especies vegetales hayan desarrollado formas de sobrevivir al fuego. También poseen la habilidad de acomodarse a las condiciones de “estrés hídrico”, bien por extrema sequía o por exceso de agua, y a la pobreza de nutrientes minerales. Tal como concluye el autor, “la vida en su devenir evolutivo ha permitido a toda una flora y una fauna ocupar y mantener un ambiente que a primera vista pudiera ser considerado como totalmente inadecuado para ella” (pág. 55).

En el segundo capítulo, Jorge Hernández y Heliodoro Sánchez abordan el tema de las sabanas en Colombia, ilustrado con bellas fotografías de paisajes, flora y fauna. Las sabanas de la cuenca del Orinoco son las de mayor extensión y las mejor estudiadas, pero se hacen menciones a las sabanas de la Amazonia, el Caribe y los valles entre las cordilleras andinas. El tema es tratado de manera descriptiva y al alcance del lector medio, sin que por ello se pierda rigor científico. Luego de una caracterización geológica y morfológica, se estudia la hidrografía, el clima, las características de los suelos, la vegetación en los distintos tipos de sabanas y la fauna, que puede considerarse pobre si se compara con la de las africanas.

Las sabanas amazónicas a diferencia de las del Orinoco, no ofrecen períodos de sequías, pero en cambio, el suelo es escaso en nutrientes, lo cual constituye una limitante para el mundo vegetal. Las sabanas del Caribe y otras sabanas colombianas son descritas de forma somera, y es en estas secciones donde más nombres científicos de plantas se encuentran. Para hacer el texto más amigable al lego, quien se queda en las mismas cuando se habla por ejemplo, de los densos bosques de *Curatella Americana* en el departamento de Caldas, no habría sido desdeñable incluir el nombre vulgar al lado de la nomenclatura científica, tratándose de una obra de difusión.

María Eugenia Romero Moreno estudia en el último capítulo el hombre de las sabanas desde un punto de vista histórico y antropológico. Unas bellas y complejas pictografías del Caquetá sirven de introducción gráfica al tema, de evidente pertinencia si se considera que “las sabanas fueron ruta importante para la dispersión de hordas de cazadores, entrando a América del Sur” (pág. 207). A partir de las crónicas de los viajeros del siglo XVIII y XIX, la autora intenta acercarse a los aborígenes que poblaron las sabanas. Los primitivos pobladores fueron cazadores y recolectores, que dejaron muestras de pinturas rupestres en distintos sectores de los Llanos orientales, así como algunos restos cerámicos, evidencias de utilización de palmas como la del chontaduro y de cultivos de maíz, yuca, algodón, tabaco y ají, entre otros.